

se apeló á la caballería y habiéndose arrojado ésta sobre la compacta masa de los pronunciados, se trabó una lucha sangrienta, en que abundaron los combates personales. Algunos momentos despues se retiraban los agresores, dejando la calle cubierta de cadáveres y sangre.

Todas estas operaciones se habian practicado bajo las órdenes del general Llergo, á quien el comandante general habia conferido de antemano el mando de la plaza. Llegada la noche, el general Vega mandó ocupar las principales alturas y en seguida se retiró á la ciudadela con la artillería y alguna fuerza sobrante. El mando de la plaza de armas quedó entónces confiado al comandante Irastorza. En cuanto al coronel Cepeda, ocupó las plazas de S. Cristóbal y S. Juan, donde se fortificó lo mismo que en la Mejorada, y en seguida hizo levantar una línea de trincheras para hostilizar el recinto ocupado por las tropas del gobierno.

Desde que Montejo habia echado los cimientos de la ciudad de Mérida, era ésta la primera vez que servia de teatro á los sangrientos episodios de la guerra civil. Varias veces habia sido amagada, pero jamás atacada. Y el ataque de 1853 fué rudo y vigoroso, porque en los dias que permaneció Cepeda en la ciudad, á cada instante se trababan combates mas ó ménos importantes entre las fuerzas sitiadas y las sitiadoras. Las fuerzas del gobierno solamente poseian la plaza principal, la ciudadela de San Benito y las calles que ligaban á ámbas posiciones. Cepeda, que poseia el resto, hizo grandes esfuerzos para apoderarse del todo; pero carecia de los elementos de guerra necesarios para este objeto. Llegó á posesionarse de la casa del general Vega despues de rudos y sangrientos combates, con el objeto de abrirse paso en el recinto ocupado por las tropas de gobierno. Alcanzado este primer triunfo, intentó apoderarse de la Catedral, cuyas alturas

dominan casi toda la ciudad, y sus soldados lograron abrirse paso hasta el patio y la sacristía. Pero una fuerza del gobierno que atravesó bajo las bóvedas del templo, les salió entónces al encuentro, y despues de una breve y reñida lucha, que tuvo lugar á quemaropa, los pronunciados se vieron obligados á retirarse.

Pero miéntras las tropas orientales hacian estos prodigios de valor para alcanzar el triunfo de la causa que habian proclamado, se preparaba en las otras extremidades de la península el desenlace del drama. Luego que se tuvo noticia de lo que pasaba, y conforme á las instrucciones comunicadas anticipadamente por el gobierno, el general Cadenas hizo salir de Campeche, al mando del teniente coronel Oliver, una fuerza que tomó violentamente el camino de la capital. El coronel Rosado levantó al mismo tiempo en el Sur casi toda la brigada de su mando, cometiendo la indiscrecion de abandonar por completo á Kamocolché, Sabán, Sacalaca, Ichmul y otros cantones avanzados de la frontera. Ambas fuerzas se reunieron en la hacienda Uayalceh, y puestas todas á las órdenes del Sr. Rosado, se dirigieron á Mérida, no por la carretera principal donde las esperaban los pronunciados, sino por caminos distintos y en varias direcciones. Una y otra llegaron á su destino en la mañana del 4 de octubre, y cogidos los sitiadores entre los fuegos de aquellas y los de la plaza, abandonaron precipitadamente sus posiciones y tomaron en desórden el camino del Oriente. Varios de los fugitivos fueron alcanzados y reducidos á prision (10). Los tenientes coroneles Márcos Ontiveros y Adriano Villamil y el jóven capitán Gió fueron de este número, y como por su graduacion habian incurrido en las terribles penas que imponía la ley vigente de conspi-

(10) Todos los pormenores del sitio de Mérida referidos en el texto, han sido extractados de la relacion que publicó el periódico oficial, núm. 98,

adores, los tres fueron pasados por las armas inmediatamente, sin consideracion á los importantes servicios que habían prestado en la guerra social.

Una calamidad peor que la guerra siguió en la capital á la retirada de Cepeda. El cólera morbo de que habían venido inficionados los orientales, se desarrolló con fuerza en sus cuarteles, á consecuencia del desaseo y de la aglomeracion de gente, y como era de esperarse, invadió toda la ciudad, luego que la cesacion de la guerra permitió salir de sus casas á los habitantes. En medio de las atenciones que rodeaban al gobierno con motivo de la intranquilidad en que se hallaba el país, no se descuidó de adoptar algunas medidas sanitarias para disminuir en lo posible los estragos de la terrible epidemia. Pero fueron poco eficaces, como en 1833, y no solamente causó innumerables víctimas en la capital, sino tambien en las demás poblaciones del Estado, á donde despues se extendió.

Representábase entretanto en Mérida y Tizimin los últimos episodios de la revolucion. Cuando los pronunciados emprendieron su retirada hácia el Oriente, encontraron en Euan al coronel D. Sebastian Molas que venia á incorporárseles con una fuerza insignificante. Al desgraciado jefe no le quedó otro recurso que el de retroceder con los fugitivos á la ciudad de Izamal, á donde los mas ligeros llegaron en la tarde del mismo dia, en que fueron derrotados en Mérida. Cepeda aprovechó las primeras horas de la noche para huir con direccion á la costa, y tal maña se dió para burlar la vigilancia de sus enemigos, que pudo al fin embarcarse y pasar á los Estados-Unidos.

No tuvo igual suerte el coronel Molas. Cometió la imprudencia de permanecer en Izamal por el espacio de veinte y cuatro horas con el objeto de reunir á los dispersos de la capital, y no emprendió su retirada sino has-

ta la tarde del 5, llevando consigo alguna fuerza que en su totalidad iba desmoralizada. Una gran parte se le desertó en el camino, y Molas llegó á verse tambien en la necesidad de huir hácia la costa con algunos oficiales que quisieron seguirle. Pero era ya tarde para tomar esta determinacion. Vanos fueron los esfuerzos que hicieron los fugitivos para buscar una embarcacion que los condujese á Belice. El litoral estaba ya vigilado por los agentes del gobierno, y no era posible acercarse á él, sin correr el peligro de ser descubiertos. Y no era esto todo. El general Vega habia hecho publicar en el periódico oficial una circular en que ofrecia quinientos pesos á la persona que le entregase á Molas ó á Cepeda, y esto debia aumentar necesariamente el número de los perseguidores del primero. Molas comenzó en efecto á ser perseguido como una fiera por los bosques y breñales en que buscaba su salvacion, y mas de una vez se vió obligado á batirse con los que mas de cerca le amagaban. En uno de estos encuentros quedó separado de sus compañeros de infortunio, y despues de haber luchado algunos dias con el hambre, con la sed, y con una fiebre que agotó sus fuerzas y su voluntad, cayó en fin en poder de sus enemigos, víctima de la traicion de dos habitantes de la costa, quienes sin duda se repartieron la suma ofrecida por el gobierno (11).

D. Sebastian Molas habia sido uno de los campeones mas esforzados de la guerra social. Cien veces hemos escrito su nombre en las páginas de este volumen para referir los servicios que prestó á la causa de la humanidad y la civilizacion en los últimos seis años de su vida. Pero todos los títulos que tenia á la gratitud pública debian ser olvidados para dar cumplimiento á las severas disposiciones de un gobierno, á quien desgraciadamente habia reco-

(11) Baqueiro, Ensayo histórico, tomo II, capítulo VII.

nocido y prestado sus servicios. Conducido á la capital y encerrado en la ciudadela de S. Benito, se le siguió una causa militar y fué condenado á sufrir la pena de muerte. El coronel Molas recibió la noticia de esta sentencia con la serenidad que nunca le habia abandonado en los campos de batalla, y se le vió marchar al patíbulo con toda la sangre fría y el estoicismo de un veterano. Su ejecucion tuvo lugar en el campo de Marte el dia 14 de Noviembre de 1853, á las ocho de la mañana (12).

Miéntrás en Mérida sucumbia en el cadalso el jefe principal de la revolucion, algunos de los oficiales subalternos que se habian comprometido en ella, intentaban un recurso desesperado para salvar su existencia. Vagando varios de ellos por las montañas del Oriente, y perdida la esperanza de volver al hogar doméstico, miéntrás no se verificase en el país un cambio político que cada dia parecia mas lejano, cruzó por la mente de alguno la idea de implorar el auxilio de los indios sublevados; y se cuenta que un dia en que los referidos oficiales se hallaban entregados á la mayor desesperacion porque no preveian el término de sus males, el autor de la idea que acabamos de indicar se les presentó repentinamente, manifestándoles que á corta distancia se hallaban cuatrocientos bárbaros dispuestos á ponerse á sus órdenes para derrocar al gobierno del Estado. A todos sorprendió la audacia y la perversidad del proyecto; pero el capitan D. Narciso Virgilio, que era un jóven de imaginacion ardiente y el mas caracterizado entre ellos pareció acoger de pronto la idea, porque despues de haber hablado con el Jefe de los indios y prometiéndole grandes recompensas, se puso á la cabeza de todos y emprendió su marcha con direccion á Tizimin. Háse dicho en defensa de Virgilio que solo aceptó el auxilio momentáneo de los indios con el ánimo de re-

(12) "El Regenerador," marzo 114.

tirarlos luego que le sirviesen de apoyo para levantar la guardia nacional del Oriente y emprender con ésta sola la reaccion de su causa. (13).


Sea cual fuere la verdad de todos estos pormenores que no constan en ningun documento oficial, la verdad es que Virgilio y sus compañeros se presentaron repentinamente en Tizimin á la cabeza de sus auxiliares indios, y como era muy corta la guarnicion que tenia la villa, no se pensó siquiera en hacerles resistencia. Pero el vecindario recibió con indignacion á los jefes del nuevo movimiento, no por ellos mismos, sino por sus aliados, y Virgilio notó con pena que todas las familias se disponian á emigrar por el temor de que se renovasen las vandálicas escenas de 47 y 48. Procuró calmarlas á todas y comenzó desde luego á hacer los mayores esfuerzos para reunir á la guardia nacional del partido, con el objeto de equilibrar por lo ménos á la fuerza blanca con la india. Pero todas sus gestiones se estrellaron contra la antipatía y el horror que inspiraba su empresa, y comprendiendo al fin su error, ó deseando rehabilitarse ante la opinion pública, adoptó una medida todavía mas abominable que la que le habia colocado en aquella situacion. Reunió á todos los indios bajo diversos pretextos en un solo lugar, y acometiéndoles súbitamente con la fuerza blanca que tenia á sus órdenes, hizo en ellos una espantosa carnicería, que costó la vida á mas de doscientos, con inclusion del jefe y veinte capitancillos. El periódico oficial de la época condenó esta felonía y manifestó que el gobierno se hallaba firmemente resuelto á castigar á sus autores (14); pero segun el testimonio de un escritor de nuestros dias, no persistió por mucho tiempo en este propósito, porque al fin les otorgó su perdon (15).

(13) Baqueiro, *ubi supra*.

(14) "El Regenerador," números 124 y 125.

(15) Baqueiro, lugar citado.

La revolucion de 1853, cuyo último episodio acabamos de referir, fué en realidad imprudente, porque no hallándose ramificada todavía en los principales Estados de la República, no tenia ninguna probabilidad para triunfar. Pero su tendencia principal correspondia á los votos secretos de toda la nacion, como iba á demostrarlo muy pronto el movimiento popular de Ayutla; y si los revolucionarios de Yucatan, al pedir la vuelta del sistema federal derrocado por el motin militar de Jalisco, pedian tambien la vuelta de las autoridades del Estado elegidas á fines del año anterior, no hacian mas que pedir el cumplimiento de la constitucion local, como pedian el de la federal. Es verdad que entre estas tendencias venia envuelta la cláusula que llamaba á la primera magistratura de la república, al liberticida Santa-Anna, que ninguna confianza podia inspirar al partido federalista. Es verdad tambien que los promovedores de la revolucion y los militares que la acaudillaron podian ser tachados de inconsecuentes, porque todos sin excepcion ninguna habian aceptado el plan de Jalisco y algunos habian servido al gobierno dictatorial que de él emanó. Pero como una causa no deja de ser buena porque haya alguna inconsecuencia en la conducta de sus corifeos, ó porque contenga un pequeño lunar que empañe un poco su brillo, la historia debe consignar en sus páginas que la revolucion de 1853, cualesquiera que hubiesen sido las desgracias pasajeras que trajo consigo, fué el primer esfuerzo que se hizo en la república para derrocar la ominosa dictadura que pesaba sobre ella y que la estaba haciendo retrogradar á los tiempos de la colonia.



CAPITULO XXIII.

1854—1857.

Invaden los indios varios de los cantones del Sur, desguarnecidos durante la revolucion.—Se organizan fuerzas para recobrarlos.—Nuevas expediciones á Chan Santa Cruz.—Exito desgraciado que obtuvo la segunda que condujo D. Lázaro Ruz.—Columnas volantes puestas á las órdenes de los coroneles Gonzalez y Novelo.—Triunfos que obtienen sobre los sublevados.—Operaciones militares en el oriente.—Pacificacion de algunas tribus del Sur.—Estado que guardaba la administracion pública.—Principios conservadores.—Es llamado á México el general Vega.—Le sustituye interinamente en el poder D. José Cadenas, y en propiedad el general D. Pedro de Ampudia.—Plan de Ayutla.—Fuga de Santa-Anna.—El general Ampudia secunda en Mérida la revolucion.—El presidente interino nombra gobernador de Yucatan á D. Santiago Méndez.—Constitucion federal de 1857.

Dijimos en el capítulo anterior que al emprender su marcha el coronel Rosado para la capital con la brigada de su mando, que era la que cubria el sur, habia desocupado varios cantones avanzados de la frontera y debilitado la guarnicion de otros. Las consecuencias de esta imprevision no se hicieron esperar mucho tiempo. Los